OPINIÓN | Ahora que no nos ve nadie

¡Qué complicado se ha vuelto tener perro!

Un ejercicio de reflexión acerca de cómo vivían los perros cuando yo era más joven y como viven ahora

Redacción/Priego Digital
Viernes 13 de noviembre de 2026 - 20:00



Mi madre ponía la olla de lentejas en la mesa y allí comíamos todos: Mi padre, mi madre, mis hermanos, yo… y el perro.

Bueno, el perro no se sentaba a la mesa, porque eran los años ochenta y todavía conservábamos ciertas fronteras entre especies, pero comía lentejas.

No recuerdo a mi madre preguntándole si prefería proteína de salmón hidrolizada o si últimamente estaba un poco sensible al gluten. Había lentejas. Y si te descuidabas, el cabrón metía el hocico donde no debía y se llevaba la mejor tajada de chorizo.

Luego se iba y no sentía ni culpa, ni ansiedad, ni conflicto emocional, había conseguido el chorizo y llenado la panza. Objetivo cumplido.

Así eran los perros de mi infancia en Priego. Lo que no sé, mirando atrás desde la perspectiva actual, es como sobrevivieron los pobres, porque aquellos perros vivían peligrosamente: Comían lo que había, bebían agua de donde podían y tenían una concepción bastante flexible de la propiedad privada.

Eso sí: eran parte de la familia, pero parte de la familia como lo era tu hermano. Lo querías muchísimo, pero si te quitaba el último trozo de chorizo estabais a dos minutos de llegar a las manos.

El perro sabía perfectamente cuándo había cometido un delito. No necesitábamos un etólogo para interpretar sus emociones. Si entrabas en la cocina, faltaba un filete y lo veías debajo de la mesa mirando hacia Cuenca, la investigación podía darse por concluida.

Sinceramente, qué complicado se ha vuelto tener perro. Ahora alimentar a uno requiere dos carreras, tres másteres y, a ser posible, un Erasmus en la Universidad de Utrecht.

Estoy convencido de que en cada casa donde hay perro viven también, ocultos en algún armario, dos veterinarios y un nutricionista.

—¿Qué pienso le das a tu perro?

Cuidado con la respuesta, puedes perder amistades.

Ya no puedes decir:

—Uno bueno.

¿Bueno cómo? ¿Prensado en frío? ¿Sin cereales? ¿Monoproteico? ¿Hipoalergénico? ¿Con salmón salvaje? ¿Con prebióticos? ¿Con condroprotectores? ¿Con aceite de krill?

¿Aceite de qué? El perro que yo tuve en Priego más de una vez se robó una tostada con aceite de oliva y después salía al patio dispuesto a conquistar Europa.

Ahora lees algunos envases de comida para perros y parece que estás mirando la carta de un restaurante de Marbella: «Lomo de salmón con verduras mediterráneas y delicado toque de romero». Mira, como el perro empiece a maridar eso con un Ribera del Duero, yo me voy.

Y la comida es apenas el principio. Antes tú tenías un perro. Ahora tienes un hijo que, por circunstancias administrativas, ladra.

Querer a un perro me parece absolutamente normal. Quien ha convivido con uno sabe el cariño que se les puede coger y la compañía que dan. Lo que ha cambiado es la presentación en sociedad.

Si te encontrabas con alguien, tú le decías:

—Este es Toby, mi perro.

Ahora lo normal es:

—Este es Cooper, mi bebé.

Por cierto, ya no quedan perros llamados Toby, Boby o Sultán. Ahora se llaman Enzo, Thiago, Coco, Mia, Oliver…

Dentro de poco conoceré un bulldog francés llamado Alejandro Froilán de Todos los Santos y ya podremos cerrar el círculo.

También ha desaparecido el dueño. Ahora eres «su humano».

Esto plantea problemas jurídicos importantes.

Si yo soy el humano de mi perro, ¿qué es mi mujer? ¿La humana consorte?

¿Y cuando venga alguien a casa qué digo?

—Pasa, hombre. Te presento a la familia. Esta es mi mujer, este es el perro y yo soy el humano responsable de la unidad convivencial.

El perro, mientras tanto, lamiéndose los cojones en el sofá.

Nosotros hemos sofisticado muchísimo la relación. El perro, admirablemente, se ha negado a colaborar. Por suerte, sigue siendo perro.

Tú puedes comprarle una cama viscoelástica de ciento ochenta euros, ortopédica, transpirable, ergonómica y diseñada según la curvatura natural de la columna canina. Él dormirá en el suelo.

Puedes comprarle siete juguetes educativos para desarrollar sus capacidades cognitivas. Él preferirá una botella vacía o una pelota.

Y puedes gastarte cuarenta euros en un peluche ecológico fabricado con fibras naturales del Himalaya, pero se comerá una zapatilla.

Porque él no ha firmado este contrato. Lo hemos firmado nosotros.

También podemos vestirlo. Y no hablo de un abrigo cuando el animal, por su raza, edad o condición, lo necesita. Eso tiene todo el sentido del mundo. Hablo del fondo de armario: jersey, pañuelo, chubasquero, botitas...

Hay perros que salen a la calle con más complementos que Ana Obregón en una Nochevieja. Y tú ves al animal embutido en su jersey de rombos, con cuatro botitas y un pañuelo al cuello, y tiene exactamente la misma expresión que tenía uno de nosotros cuando nuestra madre nos vestía para una boda en 1987.

No puede hablar, pero tampoco hace falta. Sabes perfectamente que está pensando: «En cuanto lleguemos a casa me cago en el pasillo».

Luego está el carrito, que en mi humilde opinión, tiene una utilidad evidente cuando el animal es viejo, está enfermo, lesionado o tiene problemas de movilidad. Pero también he visto perros jóvenes paseando en carrito, entonces la ecuación se me rompe.

¿No era precisamente el perro el que tenía que pasear? Porque a este ritmo, dentro de cinco años el perro irá sentado mirando Instagram mientras nosotros corremos detrás para completar sus diez mil pasos.

—Hoy Rocky ha hecho muchísimo ejercicio.

No, perdona, lo has hecho tú. Rocky lleva cuarenta minutos viendo pasar farolas como un jubilado en un autobús del Imserso.

Hablarles tampoco es nuevo. A los animales les hemos hablado toda la vida. Lo que ha cambiado es el contenido de la conversación.

Antes le decías:

—¡Toby, coge la pelota!

Ahora puedes escuchar:

—Cooper, mamá entiende que estás frustrado, pero tenemos que gestionar de otra manera nuestra relación con otros perritos.

Mientras Cooper, caniche optimista, olfatea a una pastora alemana que le ha hecho tilín.

Quizá estamos sobreestimando el conflicto emocional.

Finalmente aparece una expresión con la que reconozco que me cuesta reconciliarme: «mi hijo perruno».

Creo que el perro y yo coincidimos en esto. Él tampoco te considera su madre. Te quiere muchísimo. Seguramente daría más por ti que muchas personas. Eres una parte esencial de su vida y probablemente una de las razones por las que ese animal es feliz. Pero también te ve recoger sus cacas tres veces al día. La relación tiene matices.

Por eso recuerdo con tanto cariño aquellos perros de los ochenta, no porque estuvieran mejor cuidados.

En muchas cosas, afortunadamente, hemos avanzado bastante. Sabemos más sobre alimentación, salud, comportamiento y bienestar animal. Y hemos entendido algo que antes no siempre estuvo tan claro: tener un animal supone una responsabilidad enorme. Eso es progreso y no una ley de memoria histórica.

El problema aparece cuando dejamos de preguntarnos qué necesita el perro y empezamos a decidir qué necesitamos nosotros que sea el perro, porque a lo mejor él no quiere ser nuestro bebé, ni nuestro terapeuta, ni nuestro sustituto emocional, ni el protagonista de una cuenta de Instagram. A lo mejor quiere ser perro: correr, oler culos, ladrarle a otro perro que le cae mal sin tener que trabajar después la gestión del conflicto, revolcarse donde no debe, jugar, dormir, levantar la pata en una esquina y sentarse a tu lado cuando llegas a casa porque, por algún motivo que seguramente no merecemos, se alegra muchísimo de verte.

Tengas un perro, un gato, un canario o una pitón de seis metros —aunque en este último caso agradecería que no me invitaras a merendar—, cuídalo, aliméntalo bien, llévalo al veterinario, pero al de verdad, no al que vive escondido en el armario y sabe de todo cual maestro Liendres, respeta sus necesidades y dale todo tu cariño.

Pero querer a un animal también debería significar permitirle ser lo que es. Porque cuando necesitas vestirlo como una persona, hablar de él como si fuera tu hijo y convertirlo en aquello que emocionalmente necesitas que represente, puede ocurrir algo bastante curioso: que ya no tengas un perro, que tengas lo que a ti te falta… con forma de perro.

Y mientras nosotros resolvemos todo eso, seguramente él esté pensando en cuestiones bastante más sencillas como salir, jugar, correr o, si tuvo la suerte de ser un perro de Priego en los años ochenta, resolver el único dilema filosófico que realmente importaba: cómo coño llevarse la tajada de chorizo sin que mi madre lo viera.